

LIBRO TERCERO

DESPUES DE PREDICAR

CAPÍTULO PRIMERO

MIRADA Á DIOS

Se ha concluido el sermón. Bajáis del púlpito, excitados y á veces rendidos, máxime habiendo hablado largo rato y con animación.—¿Qué váis á hacer?—Lo primero de todo, callar y entregaros á un prudente descanso.

Sumariamente os he indicado, en el capítulo de la *Preparación próxima*, los cuidados que debéis dispensar á vuestro cuerpo antes de la predicación; no le abandonéis una vez terminada. Es auxiliar de vuestro ministerio cuyas fuerzas conviene equilibrar y preservar de todo funesto accidente. A cierta edad, se comprende mejor este deber que cuando uno es joven y está rebo-sando vida. Con todo, aun en jóvenes, el descuido en este punto es imprudencia que puede ocasionar graves trastornos, principio de enfermedades y dolencias acaso incurables. Hemos visto predicadores jovencitos prematuramente malogrados, por querer eximirse de las sabias precauciones que aconseja la prudencia.

Que ciertos hombres apostólicos, obedeciendo á inspiraciones particulares y por milagrosa providencia conservados, hayan omitido esta cautela, es una excepción. No todos son llamados á ese gasto heroico de vida. Sin embargo, por conservar la salud, no llevéis los cuidados y precauciones al extremo de la ridiculez.

Leemos, en la *Vida íntima y religiosa* del ilustre y venerado P. Lacordaire, que «pasaba la mañana precedente á sus conferencias en profunda meditación.

«Nadie entraba en su celda, no siendo uno ó dos de sus más íntimos, que veían de que nada le faltase. Entraban y salían silenciosamente, celebrando poder servirle en algo, pero temiendo inquietarle en su recogimiento. Almorzaba frugalmente á las nueve; si hacía bueno, bajaba al jardín, paseaba despacio, deteníase ante una flor, recreábale la naciente vegetación bañada de luz solar y descansaba su espíritu en la dulce contemplación de las admirables y puras obras de Dios: preludio en que ejercitaba su inspiración, gradualmente ascendiendo á armonías de orden más elevado. A las once marchaba, acompañado de su amigo Cartier.

«Hacia las tres volvía rendido, pero transfigurado, iluminado el semblante, enardecida aún el alma y rebosando fe, elocuencia y amor. Para

reparar sus fuerzas extenuadas, á veces se acostaba, y llamando á uno de sus jóvenes amigos, conversaba con él familiarmente sobre el amor de nuestro Señor y felicidad de la vida religiosa. A la hora de cenar, llevábale lo mismo que tomaba la comunidad, que eran dos huevos y una ensalada. Seguía luego su plática donde la había dejado, siempre con el mismo tema del amor á Jesucristo y á sus sufrimientos y cuanto á ellos decía relación» (1).

Todavía hubo quien de este hombre se atrevió á decir en serio que después de la conferencia se disfrazaba, para ir á los casinos y recoger los elogios que de él se hacían. Lo que recogía era su corazón, para derramarle en acciones de gracias. Su mirada se volvía no á la multitud que acababa de entusiasmar, sino á Dios que le había asistido en su predicación. Así hemos de hacer nosotros, cuando conozcamos que la gracia nos ha sostenido y que nuestra palabra ha producido en el auditorio impresión favorable. ¡Arriba, al punto, la vista de nuestro corazón! No dilatemos la acción de gracias, sino que espontáneamente brote de nuestra alma en el momento mismo en que cesamos de hablar. Misteriosos afectos, cortas jacula-

(1) P. CHOCARNE O. P., *Vie intime et religieuse du P. Lacordaire*, XIV.

torias, elevarán á Dios el homenaje de nuestra gratitud.

Ha de ser pronta la acción de gracias, y además ha de ser pura. No se mezcle sentimiento alguno de vana complacencia, ni secretas felicitaciones del amor propio que, antes de ofrecer nada á Dios, pretende él satisfacerse.

Es descortesía, al ofrecer á otro un ramillete, acercarlo antes al olfato, como percibiendo las primicias de sus perfumes. Esto hace la vanidad del orador que se complace en un éxito de que debiera desposeerse diciendo á Dios: «No á mí, Señor, no á mí, sino á tu santo nombre sea toda gloria: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*»

Fácil sería reparar la falta, si todo se limitase á este breve y secreto hurto de gloria: un pronto retorno á Dios, un acto de confusión y arrepentimiento, pueden volvernos al camino de acción de gracias, y la divina bondad no desdeña el agradecimiento ligeramente tardío de un corazón distraído por instantes. Pero ¡ay! que á veces la naturaleza ambiciosa quiere más. Se inquieta, se revuelve, pregunta, sagazmente averigua lo que piensan de sus hazañas oratorias, y acaba por apartar absolutamente de Dios la mirada que el Señor espera de nuestro reconocimiento.

Culpable ingratitud, que, ofendiendo á la infi-

nita bondad de Aquel que abre y bendice los labios del apóstol, compromete el porvenir de su palabra. ¿No es ley de naturaleza que todo beneficio vuelva al bienhechor en forma de acción de gracias, y que este se muestre tanto más generoso cuanto se ve más pronta, frecuente y sinceramente agradecido? El agradecimiento mueve á beneficios como la ingratitud agota sus fuentes. «Es la ingratitud, dice San Bernardo, viento abrasador que seca el rocío de la misericordia y los torrentes de la gracia: *Ventus urens, sicans rorem misericordiae et fluentia gratiae*» (1). Por su parte, un autor pagano nos enseña que «nadie pide mejor que el que da gracias: *Efficacissimum genus est rogandi gratias agere*» (2). De modo que si habiendo predicado bien, queréis, hacerlo aún mejor, no tardéis en levantar á Dios los ojos de vuestro corazón agradecido y darle fervorosas gracias.

Cumplido este deber, y con la mirada todavía fija en Dios, pedidle bendiga la semilla que acabáis de arrojar en el campo de las almas. El labrador, sembrado el suelo que ha regado con sus sudores, espera el tiempo de la recolección; pero de él no pende el que esta premie sus fatigas. El fe-

(1) Serm. LII in Cant.

(2) PLIN. JUN., in panegy. Trajani.

liz nacimiento de los gérmenes, desarrollo de los tallos, florescencia de las espigas, multiplicación de los granos, su madurez y buena calidad, obra son de la Providencia, que oportunamente distribuye luz y calor, rocío y lluvias. Lo propio ocurre en el campo de las almas; y así debéis unir la acción de gracias á Dios, por haber bendecido vuestro trabajo de sementera, con la oración, para que ampare y bendiga los frutos de vuestro ministerio.

Estos frutos, según el venerable Humberto, son de varias clases. Los hay malos, medianos y excelentes (1).

Los primeros son la resistencia del entendimiento, que se rebela contra ciertas verdades muy elevadas, profundas, misteriosas y divinas para que la orgullosa razón consienta en rendirse á ellas; la obstinación de la voluntad que parece adherirse al mal con creciente ardor á medida que le muestran el bien, y el menosprecio de la divina palabra cuya saludable importunidad quisieran eludir el impío y el malo; la burla, que persigue á los varones apostólicos para disminuir y degradar, si cabe, la autoridad de su enseñanza; el odio, que con ellos se ensaña y quisiera aniquilarlos.—Tal es la cizaña que esparce en el campo de las almas el enemigo de todo bien, las

(1) Cf. op. cit. part. VI: *De effectu predicationis*, §§ 26, 27, 28.

espinas y malezas que estropean y devastan la tierra donde habéis arrojado la buena semilla. Suplicad á Dios, con instancia y lágrimas, que aplaque su justicia y aparte de esos campos ingratos, de ese suelo reprobado, la maldición que han merecido.

Los frutos medianos de la predicación son: la inteligencia de la verdad, el gusto de la palabra de Dios, la emoción que produce, el juicio que merece, la estima del predicador, el provecho que se saca de su buen decir, el germen de algún buen propósito, el recuerdo de buenos consejos y tal cual principio de bien obrar.

Pero, como nota nuestro Venerable: «¿Para qué sirve el conocimiento de la verdad si no conduce á la práctica del bien? Conocer el bien que debemos practicar y no hacerlo, dice el apóstol Santiago, es pecado: *Scienti bonum facere et non facienti, peccatum est illi*» (1).

La palabra de Dios puede ser dulce canto á los oídos: «*Est eis sermo Dei quasi carmen musicum quod suavi dulcique sono cantatur.*» Y ¿de qué sirve si no se traduce en santas acciones? *Et audiunt verba tua, et non faciunt ea* (2).

Demos que un pecador se conmueve, llénase su corazón de temor y compunción: ¿le servirá

(1) Jac., iv, 19.

(2) Ezech., xxxiii, 32.

de algo si, luego del sermón, se entibia como el líquido separado del fuego?

Tal oyente sabe juzgar un discurso y decir: «Es bueno, ó malo; largo, ó corto; ingenioso, ó vulgar.» Pero no busca ni halla alimento para el alma. Su juicio es campo estéril, paja sin grano: «*¿Quid palea ad triticum? dicit Dominus.*»

Otro, como la mujer del Evangelio, alaba enfáticamente al que habla, mas cierra su oído á la sentencia del Salvador: «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.»

Este otro escucha para aprender á hablar bien, y no cuida de hablarse á sí mismo: *Qui alios doces, te ipsum non doces* (1).

Aquel concibe buenas resoluciones, pero su alma, como mujer endeble, carece de valor para producir el bien propuesto: *Cum dolore venerunt filii usque ad partum, et vires non habent* (2).

Otros van con ánimo de tomar consejo para su salvación; mas no procuran emplearle, á manera de enfermos que guardan en el bolsillo la receta.

Otros, por fin, comienzan á obrar bien, pero no tienen fuerza de voluntad para perseverar, y la divina semilla se atrofia en su corazón, como grano caído en terreno pedregoso. *Qui supra pe-*

(1) Rom., II, 21.

(2) VI Reg., XIX, 3.

tram, hi sunt qui ad tempus credunt et in tempore tentationis recedunt (1).

Frutos medianos é imperfectos, que podrán ser de alguna utilidad si la gracia de Dios se encarga de mejorarlos. Pedid esa gracia, é impetrad de Dios, con el fervor de vuestras oraciones, que el conocimiento de la verdad guíe las almas á la práctica del bien; que los que se han deleitado en oír la palabra divina, se deleiten también en santas obras; que conserven el calor del discurso que los ha movido con el fuego del amor de Dios; que el arte de juzgar con rectitud no los haga olvidar que deben aprovecharse de toda palabra divina, lo cual no se cumple con sólo alabar y admirar su elocuencia; que tengan ánimo y valor para llevar á feliz término sus santas resoluciones poniendo en ejecución los documentos que del púlpito han recibido; y finalmente, que los buenos principios de su conversión se vean coronados por la perseverancia.

Los frutos excelentes de la predicación son: conversión sincera de infieles é incrédulos, penitencia de hombres viciosos y perdidos; saludable humillación de los mundanos, que renuncian á su vida de orgullo, locas prodigalidades, lujo y escándalos; confesión de pecados, efusión del Es-

(1) Luc., VIII, 13.

píritu Santo, santificación de las almas, acrecentamiento del cuerpo místico de Jesucristo, gozo de los ángeles, derrota y fuga de los demonios, antes dueños de los lugares donde habéis anunciado la sagrada palabra.

Son estos frutos cumplida recompensa de vuestro celo, trabajos y penas, y deben ser meta de vuestros deseos y votos. No tardéis en implorarlos con ardorosas súplicas que alternen con la acción de gracias. Fija la mirada en Dios, en tanto descansáis en la soledad y el silencio, decidle con corazón humilde y confiado en su misericordiosa bondad: «Todo, todo, Señor, para Vos, semilla y frutos: *Omnia tibi et a te, Domine.*»

CAPÍTULO II

MIRADA A SÍ MISMO

Ofrecido á Dios obsequio de gratitud, y pedida su bendición sobre los frutos de vuestra palabra, replegaos en vosotros mismos y examinad del estado y disposiciones de vuestro espíritu.

«Nada hay más provechoso á nuestro ministerio, ni más capaz de hacernos desempeñarlo con honor, que esa mirada interna, y discusión con nosotros mismos después del ejercicio de la predicación. El varón prudente que acaba de hablar en nombre de Dios, darse prisa á entrar en sí y examinar con atención lo que ha pasado en su alma mientras hablaba, para purificarse de sus faltas, caso de haberlas cometido, y reparar sus pérdidas, cual viajero que, llegando á un albergue, limpia el calzado y se repone de sus averías, para continuar su camino. Practica el consejo de San Gregorio, que recomienda á los predicadores se encierren en su conciencia y minuciosamente la

consulten, luego que han derramado por el campo de las almas la gracia de la santa doctrina» (1).

Estudad en vosotros, durante las horas de soledad y silencio que siguen á la predicación, los diversos movimientos que han agitado vuestra alma en el púlpito y al bajar. ¿Hablabais á impulso de la gracia, con la fe de un enviado divino y con el único deseo de hacer bien á las almas? Entonces, ¡bendito sea Dios! Mas, por desdicha, la naturaleza prescinde de la gracia, ó la resiste; pérfidamente se insinúa y desluce la obra bien comenzada, cuando no la destruye. Movimientos son de la naturaleza, y especie de prevaricaciones que con presteza hemos de reprobamos y expiar: la temeraria confianza humana, la fraudulenta sustitución de nuestro magisterio á la autoridad de la palabra de Dios; el prurito de gustar, sorprender y llamar la atención y admiración de los oyentes sobre nuestra pobre persona; la vana complacencia con que recogemos y anotamos las señales

(1) «Ad exequendum hoc officium (predicationis) valet multum... discussio sui post predicationis exercitium. Debet enim sapiens predicator post predicationis regressum ad se redire, et quae contigerunt subtiliter considerare, ut abstergat sordes si quas contraxit et reparat dissipata: sicut viator et sotulares abstergit et reparat, cum venit ad hospitium, ut postmodum melius vadat. Unde... dicit Gregorius: Post campum predicator claudi precipitur, ut post gratiam doctrinae quam proximis ministrat, ad conscientiam redeat et subtiliter discutiat.» (De eruditione predicat., part. IV, § 19).

de satisfacción que se manifiestan en el auditorio; los momentos de parada sobre nosotros mismos, que retardan la acción de gracias á Dios por habernos inspirado en el estudio y asistido en la ejecución.

Al terminar una conferencia del padre Lacordaire, y diciéndole un joven que «algunas personas veían en su acción oratoria conatos de producir efecto, y ciertas suspensiones hábilmente dispuestas para provocar aquellos éxtasis de admiración que rara vez faltaban, el Padre significó extrañeza, y reflexionando, confesó que nunca tal se le había ocurrido, y añadió: Por lo visto, no tengo trazas de humilde; ¡si al menos lo fuera en realidad!—Padre, no tanto,—exclamó su interlocutor; y él repuso:—Sí por cierto, mas lo he de tomar con interés; y tú me ayudarás á fuer de amigo.....—Era esta ayuda una severa disciplina que irremisiblemente había que aplicarle á pesar de su extremada fatiga» (1).

Si no tenéis valor para hollar por tan heroico medio los viciosos retoños de la naturaleza, humillaos al menos delante de Dios, y pedidle perdón de no ser, en vuestro ministerio de gracia y de salud, tan desinteresados de vosotros mismos cual debe un verdadero apóstol.

(1) P. CHOCARNE, *Vie intime et religieuse du Père Lacordaire*, XIV.

Puede suceder que, en vez de bajar del púlpito satisfechos, bajéis tristes y desalentados. No habéis obtenido el resultado que suponíais, os faltaba seguridad y animación, los argumentos no alcanzaban, los afectos pasaban desapercibidos, el auditorio no acusaba impresión alguna, y si se quiere, habéis notado fastidio y frialdad; en fin, que la cosa no ha salido bien. No es fácil que os lo digan; y no andéis buscando, sobre el particular, emisión de juicios que vendrían á aumentar vuestro mal humor; sino juzgaos vosotros.

Sin duda, el amor propio llamará vuestra atención sobre el auditorio, y vendréis en ganas de acusarle de necio, ligero y falto de gusto. No caigáis en esa tentación; mas ved si quizá debéis acusaros á vosotros mismos. ¿Os habéis preparado lo suficiente con oración y estudio? ¿Habéis purificado con sinceridad vuestras intenciones? ¿No esperabais, quizá sin advertirlo, coger lauros de vanaglorias en un acto público que no ha de tener más fin que la gloria de Dios y provecho de las almas? Si así es, ¿qué tiene de particular el fracaso? Por lo demás, reportaréis de él gran beneficio, si con buen espíritu agradecéis á Dios esta pequeña humillación, y correspondéis al saludable aviso que os dá, con la firme y generosa resolu-

ción de prepararos mejor en lo sucesivo, y penetraros más del espíritu apostólico.

Tal vez me digáis que, para disponeros, no habéis perdonado estudio, trabajo ni oración; que estabais animados de las mejores intenciones y puros deseos, al anunciar la divina palabra; y no obstante, resulta estéril vuestro apostolado. ¿No hay motivo para desanimarse?

Bien sé, queridos míos, lo que eso es: una alma joven, cándida é inesperta, fácilmente se imagina que no hay obstáculo posible á sus santas ambiciones y al fervor de su celo, y que de un golpe va á conquistar el mundo. La pobre no ha contactado con las resistencias que le han de oponer la ignorancia, el error, las preocupaciones y pasiones humanas. Sufre mal el primer choque, y á poco que el doloroso golpe se repita, pierde toda confianza en sí misma, y á veces ¡ay! toda confianza en Dios. El enemigo aprovecha estos fracasos para persuadirle que nunca hará nada bien y que más le vale renunciar al sagrado ministerio.

Desechad esa otra tentación, sabiendo que en el ministerio apostólico más agradece Dios combates que victorias. ¿No habéis leído, en el Capítulo VIII del Evangelio de San Juan, aquello del Salvador: «*Sermo meus non capit in vobis: Mis palabras no os impresionan?*» Si el Verbo de Dios tuvo predicaciones infructuosas, no os ex-

trañe que las vuestras queden más de una vez sin efecto: ante todo no os desaniméis. Nuestro maestro ya citado, refiriéndose á los oyentes que rehusan oír la palabra de Dios, porque, habiendo asistido á muchas predicaciones, no sienten aprovechamiento, hace esta observación: «Nunca la divina palabra deja de dar fruto, visible ó invisible, de presente ó en lo futuro» (1). Reanimad con esta sentencia vuestro espíritu abatido. Dios os niega el consuelo de ver y coger por vosotros mismos el fruto de vuestras predicaciones, pero se reserva obrar secretamente en las almas que han oído su palabra, y reforzar con su gracia la buena impresión que han recibido. Habéis echado una semilla que acaso germine lentamente. Otra palabra misteriosa será el rayo de sol que motive su nacimiento y completo desarrollo; pero ¿qué importa? no serán perdidos tiempo ni trabajo, pues Dios, que atento sigue todas las fases de una conversión, sabe á quién se debe su primer principio. He visto hombres que, á los diez, quince, veinte años de vacilar, volvían á Dios, y el primer impulso de este retorno habíanlo recibido de un humilde predicador, de todos olvidado, pero cuyo fiel recuerdo conservaban.

(1) «*Alii subtraunt se a predicatione ex desperatione proficendi, quando jam multoties experti sunt quod nihil profecerunt in sermonibus, sed verbum Dei vix est sine aliquo fructu, vel sensibili, vel insensibili; vel statim, vel in futuro.*» (Op. cit., part. V, § 23).

Comprendo que es para una alma apostólica sumo gozo el ofrecer á Dios abundantes almas tocadas por su palabra y regeneradas por la gracia. Mas aunque sólo convirtieseis un pecador, el apóstol Santiago os asegura que haríais grande y excelente obra. «Hermanos míos, dice, si alguien de vosotros se alejare de la verdad, y otro á ella le redujere, sepa este que quien aparte al pecador de su errado camino, salvará de la muerte su propia alma y cubrirá la muchedumbre de sus culpas» (1). Sobre lo cual, hace San Gregorio esta hermosa reflexión: «Si el que salva de la muerte un cuerpo, que al fin ha de morir, merece gran recompensa, ¿cuál no será el mérito de quien libra una alma de la muerte eterna y le asegura triunfo inamisible en la patria celestial?» (2).

Luego no os contristéis de la aparente ineficacia de vuestras predicaciones y del poco fruto que véis, no siendo con esa dulce y santa tristeza, procedente de humildad, que nos hace sentir nuestra insuficiencia y nuestra nada, sin alterar en lo más mínimo nuestra confianza en Dios.

(1) «*Fratres mei, si quis ex vobis erraverit a veritate, et converterit quis eum, scire debet quoniam qui converti fecerit peccatorem ab errore via sua, salvabit animam ejus a morte et operiet multitudinem peccatorum.*» (v, 19, 20).

(2) «*Si magna mercedis est a morte eripere carnem quandoque morituram, ¡quanti meriti erit a morte animam liberare, in caelesti patria sine fine victuram!*» (Moral., XIX, vi).

Sobre todo, no os pese de la suerte de quienes, más felices que vosotros, recogen abundante mies en el campo de las almas. Alegraos de su celo y talento y de las bendiciones que así los animan y consuelan. Dad gracias á Dios, y pedidle con devoción una pequeña parte de esa elocuencia. Si sois humildes, os llegarán tan abundantes esas partecitas, que de ellas podréis hacer largueza.

Nada de comparaciones entre su manera de predicar y la vuestra. No os figuréis que, adoptando otro género del que conviene á vuestra naturaleza y estudios, tendréis mejor resultado: todos los géneros son buenos cuando se inspiran en el mismo amor de Dios y de las almas.

Y vosotros, á quienes Dios favorece, bendice y estimula, libraos de las sugestionés del amor propio y de la vanagloria. No son vuestros los frutos de la palabra apostólica, son mies de Dios. Vuelvo á encareceros seáis prontos y en absoluto desinteresados en la acción de gracias; y, al darlas al Señor no echéis en olvido á los piadosos auxiliares cuyas oraciones y sacrificios, ignorados del mundo y de vosotros mismos, seguramente han sido más eficaces que vuestra elocuencia, en la conversión de las almas.

CAPÍTULO III

ELOGIOS Y CENSURAS

Entrando en vuestra conciencia, os habéis juzgado; consultad ahora el juicio de los que os han oído. Según que hayáis sido muy severos ó indulgentes con vosotros mismos, podréis reformar los defectos de vuestra apreciación personal aplicando los elogios y censuras, que no faltarán á vuestros discursos. Unos y otras tienen inconvenientes y ventajas sobre los cuales voy á llamaros la atención.

Seríais, en mi juicio, perfectos, si consiguiérais prescindir por completo de la aprobación de los hombres, y tan sólo preocuparos del purísimo deseo de servir á los intereses de Dios, anunciando su palabra. Mas por desgracia (y antes lo he dicho), nuestra pobre naturaleza ávida de vanagloria, se deleita saboreando las alabanzas de sus admiradores, las espera con inquietud é impaciencia, y lo que es mucho peor, á veces las busca sin vergüenza ni recato.